

## (XT03) El enésimo partido Barça-Madrid

---

El día había amanecido frío y lluvioso en Mospintoles. Por la mañana llegó a nevar un poco, cosa algo habitual en el invierno madrileño, pero no cuajó porque una lluvia pertinaz y tristonera lo impedía. El tráfico había sido muy complicado, como siempre que caen cuatro gotas. La gente, nerviosa tras dos días casi seguidos de lluvia y mucho frío, había mostrado su cara más agria: discusiones al volante en los embotellamientos, niños inquietos y vociferantes por no poder dar rienda suelta a su natural inquietud, parroquianos que protestaban por todo en los bares y cafeterías, gente –en fin- con mala cara por culpa de un tiempo desabrido y hosco al que, para rematar la faena, a partir del mediodía se le había añadido un fuerte viento que no dejaba vivo ningún paraguas. Y por si fuera poco, media ciudad –como medio país- anhelante y nerviosa por el primer combate futbolero de la temporada. ¿El Mospintoles? Bien, gracias, pero la expectación creada por el equipo de la ciudad –pese a la magnífica temporada que llevaba en Segunda División- no podía compararse a la fiebre que siempre despierta el Real Madrid cuando se enfrenta a su más encarnizado rival, el Barça. Esa noche la ciudad estaría pendiente del televisor y de los transistores siguiendo las evoluciones de Ronaldo, Özil y demás estrellas de la galaxia blanca frente a otra no menos galaxia blaugrana con Messi a la cabeza y planetas tan excelsos como Xavi, Iniesta o Villa. Por eso, a las nueve de la noche, y también por la maldita lluvia y el enorme frío, en las calles apenas se veía un alma.

—Señoras y señores, va a comenzar el enésimo partido del siglo, un Barça-Madrid que llevamos esperando desde que el balón empezó a rodar en septiembre. ¡El mayor espectáculo del mundo! Todo el planeta pendiente de la mejor Liga y de los jugadores más relumbrantes del universo del fútbol!

La radio estaba puesta a toda pastilla. Susana tenía libre esa noche pues el programa “Radio Pelota”, en el que intervenía como periodista deportiva destacada, había sido suspendido con motivo de la retransmisión del que se prometía épico partido entre culés y merengues. Estaba muy cansada tras una ajetreada jornada del domingo en la que había cantado la gesta del Rayo al ganar en casa por cuatro a cero a uno de los equipos favoritos para subir a Primera División. Por eso había rechazado diversas invitaciones para presenciar el partido en casas de amigos pues ella no estaba suscrita a ningún canal de pago, donde lo retransmitían. En estas ocasiones prefería la radio, zapeando de una a otra emisora.

—¡Saltan los dos equipos al Nou Camp, siendo recibido el madridista con una enorme pitada, acrecentada con la salida de Cristiano Ronaldo! Ya se sabe, es la emoción de los prolegómenos, la chispa del fútbol que enciende los ánimos y el corazón. Fútbol es fútbol y estas escenas de acritud con el equipo visitante son tan naturales como el agua que en estos momentos cae suavemente sobre el campo barcelonés.

—¡Qué cursi, dios mío, qué ramalazo a flor de pitiminí tiene este tío!

Susana decidió cambiar de dial. En la nueva emisora el locutor se hacía el gracioso.

—Vamos a ganar por cero a ocho —decía el muy chistoso, tomando a la audiencia por imbécil.

—Eso no te lo crees ni tú. Ganará el Barça por cuatro a cero —le respondía otro chistoso con acento de Gerona.

—¡Qué pandilla de cretinos, mare de deu y del amor hermoso! —decía Susana, moviendo la cabeza de un lado al otro—. Pero ahí están estos tíos, en una cadena nacional, diciendo sandeces desde que empieza el encuentro hasta que acaba. Menudo enchufe tendrán...

Nuevamente movió el dial de la radio buscando una retransmisión que le fuese más grata. Entonces pudo comprobar que todas las emisoras estaban emitiendo el partido, como si en esos momentos en el país no ocurriesen más cosas, como si todos los oyentes fuesen aficionados al fútbol. Al fin pareció encontrar unos locutores un poco juiciosos, según su exigente valoración profesional.

—¡Tiro al poste de Messi! ¡Y Sólo van seis minutos de juego! Este Real está desconocido. Apenas presiona, parece que esté dormido, muestra demasiada descoordinación entre sus líneas...

—Este tío sí que sabe —argumentó Susana para sus adentros, dando un profundo suspiro—. Entiende de fútbol, tiene un gran sentido del humor y encima es muy guapo, el mamonazo. Lo que daría por estar a sus órdenes, al lado y hasta debajo...

Allí dejó el dial de la radio, soñando con pájaros radiofónicos y periodísticos, ella, que trabajaba en una modesta emisora local donde nadie sabía apreciar sus buenas dotes profesionales. Quizás algún día no muy lejano llegaría a ser una gran estrella de la prensa deportiva, pero tenía todavía tanto que aprender.... Suspiró nuevamente y, embelesada, siguió escuchando a su locutor favorito.

..... || .....

—¡Gooooool! ¡Gooooool! ¡Gooooool!

López debía ser uno de los pocos mospintoleños con posibles que a esas horas todavía estaba trabajando. Sentado en un mullido sofá de su despacho de presidente del Rayo de Mospintoles, estaba rodeado de papeles por todos lados. A su lado Basáñez, su mano derecha, abogado y asesor financiero de López, seguía de reojo los movimientos que se producían en la pantalla del televisor que colgaba de la pared.

—¡Gooooool de Xavi! ¡Qué golazo, de intuición, de virtuosismo, fruto de un malabarista del balón como es el centrocampista del Barça y de la selección española! ¡Ahí está, ahí está repetido ese golazo digno de todo un campeón del mundo!

—No es para tanto, hombre. Ha sido un poco churro, aunque esperado... — López había tenido tiempo de ver la repetición de la jugada—. Hoy el Madrid recibe un baño. Van sólo diez minutos y no da una a derechas. Parecen dormidos, siempre llegan tarde al balón, no presionan como en otros partidos...

—Parece que estén acojonaos... —Basáñez creyó sintetizar en cuatro palabras el discurso de su jefe, quien volvió de nuevo la mirada a los papeles que tenía en la mano.

—¿Qué hacemos, Basáñez? El Rayo está bien situado en la parte templada de la clasificación. No estamos jugando nada mal para ser unos neófitos en Segunda, la afición está contenta y llena el campo, la economía del club ya la quisiera el incompetente Zapatero para el país... Tenemos equipo para no pasar dificultades de cara al descenso, el entrenador está muy satisfecho pero yo no me conformo. ¿Por qué no aspirar a todo? ¿Por qué no luchar por los primeros puestos, por el sueño de conseguir subir a Primera? ¿Cree que estoy delirando, Basáñez? —la pregunta era un dardo envenenado porque implícitamente ya le estaba indicando la respuesta.

—Lo que diga va a misa, López. El problema es que en el mercado de invierno no suele haber mucho donde escoger...

—Ya lo sé pero la plantilla, aunque muy apañada, es insuficiente. Las lesiones nos han respetado hasta ahora pero no quiero pensar el día que Piquito se lesione o Metzger o el Chili. No tienen repuesto...

—¿Y ha pensado en algunos refuerzos concretos?

La mirada de López se dirigió de nuevo a la pantalla. Tras el primer gol había bajado el volumen y apenas un leve susurro salía de la caja tonta. El Barça tenía encarrilado el partido y era cuestión de tiempo el que llegara el segundo gol.

—¡Qué equipo de ensueño tiene el jodío Barça! —Basáñez sentenció de manera muy ilustrativa lo que sentía en esos momentos, él, un fiel seguidor del Real Madrid, el club más rico del mundo, aunque no siempre el dinero trae consigo los títulos...— Es una inversión complicada, López, puede endeudarnos en exceso e hipotecar la temporada próxima que es cuando teníamos previsto dar un salto de calidad. Cierto que las cosas están yendo mejor de lo previsto pero tiene razón, la suerte y las lesiones nos están respetando... por ahora...

—El entrenador se conforma con lo que tiene y los jugadores qué van a decir, están como niños con zapatos nuevos, pero nos hacen falta cuatro o cinco jugadores veteranos que aporten experiencia, sabiduría futbolística... Mira a Calvalho, 32 años y es el eje central de la defensa blanca.

—Sí, tiene razón —replicó Basáñez, aunque en el día de hoy la actuación del jugador luso no podía impedir la debacle de juego del equipo madridista—.

En esos momentos, López volvió a darle al mando a distancia para aumentar el volumen.

—Villa...Villa... maravilla... se escora a la izquierda... regatea a Sergio Ramos... ¡centra!... a Iker se le escapa la pelota... ¡Pedro, llega Pedro!... ¡Gooooool! ¡Gooooool! ¡Gooooool de Pedro!

—Se acabó —dijo Basáñez, resignado, quitándose varias gotas frías que le resbalaban por la frente—. Diecisiete minutos y ya nos han metido dos. Todavía estamos a años luz del equipo de Guardiola.

—No sea derrotista, Basáñez. El fútbol da muchas vueltas. Pero apaguemos el televisor y sigamos con lo nuestro. Volveremos a encenderlo cuando empiece la segunda parte...

Estaba claro quién mandaba allí. No es que el partido, tal como iba, fuese un plato de buen gusto para Basáñez pero ya que López lo había citado a esa hora para tratar un asunto que ya tenía bien meditado y decidido, lo menos que podía hacer era dejarle echar de vez en cuando una ojeada al partido. La mano de hierro de López había llevado al Rayo al punto más elevado de su historia pero el fútbol —como la Bolsa— daba grandes vaivenes, como ahora demostraba el partido de su amado equipo, y lo que un día eran glorias y parabienes, otro no muy lejano se podía trocar en un infierno. Con lo bien que él estaría ahora en su casa, con un vaso de güisqui en la mano, sufriendo con su equipo... Quizás algún día acabaría hartándose de López, de su prepotencia, de sus tejemanejes. Claro que él estaba bien enredado en ellos, así que sólo le quedaba aguantar, tirar para adelante y sacar beneficio de la situación actual antes de que llegaran las vacas flacas.

—¿Cuánto podríamos gastar en los fichajes de invierno?

Para Basáñez, la pregunta de López era pura retórica porque el jefe ya tenía perfectamente decidido el importe de los mismos. Allí estaba, subrayado en rojo, en los papeles que el presidente del Rayo le tendía con mano firme.

..... III .....

—Papuchi estará disfrutando de lo lindo, mamá...

Sergio, el hijo de María y Sebas, miraba el televisor con el ceño fruncido y las lágrimas a flor de ojo.

—Para que unos disfruten otros lo tienen que pasar muy mal. Esa es la ley del fútbol, según parece, y la de la vida cotidiana.

—Tienes razón, mamá. Cuando papá disfruta porque gana su Barça, yo lo paso fatal porque pierde mi Real Madrid.

—Eso ocurre por tener amores tan opuestos. Y tan absurdos, hijo, porque perder la chaveta por esa pandilla de millonarios en calzoncillos es para pensarse seriamente si el personal está bien de la cabeza —a María el forofismo del fútbol no le entraba mucho en su muy racional cabeza.

—Pues anda que perder el culo por la política... —replicó su hijo Sergio.

—¡Niño! ¿Pero cómo vas a comparar algo tan noble y necesario para el bienestar de las personas como la organización de la vida pública y de la convivencia con darle patadas a un balón?

—¡Mira, mira, mamá! —el Sergio se levantó del sofá como un resorte, tal como si le hubiesen pinchado con un alfiler en el trasero.

Se estaba liando. Corría el minuto treinta del partido del siglo (uno más) entre los eternos y potentados rivales de Barcelona y Madrid cuando el entrenador culé cogió una pelota que había salido del campo. Ronaldo, la estrella madridista, acudió raudo a quitársela para sacar de banda pero Guardiola intentó esconderla. Entonces el jugador blanco le dio un ligero empujón y allí ardió Troya. En cuestión de segundos un remolino de jugadores, de técnicos y de todo bicho viviente empezó a vociferar, a darse empujones y mostrar el lado oscuro del deporte.

—Apaga eso, Sergio, que es pura pornografía...

—¡Pero mamá!

Cogiendo el mando a distancia, la señora Reina dejó el televisor a oscuras.

—Deberían poner dos rombos en la pantalla cuando aparecen este tipo de escenas violentas. Y tú, anda, a hacer los deberes del Instituto, que cada vez trabajas menos...

—Mamá, si no tengo nada que hacer.

—No me engañes, que ya me estoy hartando también de ti. Mientras yo estoy aquí trabajando más que una tonta, el padre está de parranda en el Nou Camp y el hijo de cachondeo ante el televisor. Ya sólo falta el espíritu santo...

—¡Pero si es verdad! Los profes no nos han echado deberes para hoy porque se jugaba el Barça-Madrid...

—Anda, anda, que mientes más que el telediario....

—¡Que sí, mamá, que es verdad! Bueno... —el Sergio, viendo que su madre no tragaba tan burda mentira, reculó—el único que nos ha mandado un montón de cosas ha sido don Faustino...

—Así está la educación , dios mío. Y luego dicen que los políticos somos un desastre... Menos mal que siempre hay alguien que sabe mantener el tipo, como don Faustino...

—El profe de gimnasia y el de matemáticas también nos han mandado unos pocos deberes...

—¿Ves cómo eres un redomado embustero? —María Reina se subía por las paredes.

—¡Que es verdad, madre, que nos han puesto como tarea seguir el partido de fútbol y hacer una análisis táctico-estratégico y una estadística comparada entre el juego del Madrid y del Barça!

—¡La madre que los...! —la Reina no terminó la frase pues pese a su indignación aún sabía controlar sus impulsos más primarios. Le dio el mando al hijo, recogió todos los papeles que tenía sobre el sofá y encaminó sus pasos fuera del salón—. Ahí te quedas, Sergio. Acaba tus deberes futbolísticos y después come algo de lo que encuentres en el frigorífico. Tengo que salir a que me dé el aire antes de que aquí dentro me dé un infarto...

En realidad, mintió a Sergio. Había quedado a las once con varios ilustres compañeros de partido para debatir en un reservado de la cafetería La Cama la estrategia a seguir en las próximas primarias del partido donde algunos (incluyéndose ella) se jugarían a cara de perro su futuro político.

#### ..... IV .....

La habitación era modesta pero estaba decorada con muy buen gusto. Nadie pensaría que bajo aquel techo vivía un jovencísimo futbolista del Rayo, que desde su llegada a la ciudad para jugar de delantero centro había provocado una revolución entre las adolescentes de Mospintoles amantes del fútbol. Alto y de porte espigado pero atlético, sus facciones casi juveniles despertaban pasiones entre las chicas del municipio. Desde el primer momento se había compenetrado muy bien con Piquito, el héroe local, al que todos aclamaban como futbolista mientras que su físico y carisma pasaban muy desapercibidos.

La noche del partido del clásico de la Liga española Piquito había quedado en acudir a casa de Chili para cenar unas pizzas y ver las evoluciones del Madrid y el Barça. Aunque ambos estaban obligados a seguir una dieta muy estricta fijada por los médicos y nutricionistas del club, un día era un día. Juntos comentarían el partido y el juego de sus ídolos.

—No esperaba este partido. El Madrid está desconocido, sin garra, sin presión. Casi siempre llega tarde a la pelota. Es que ni la huelen...

—Esto pinta mal, muy mal —replicó Piquito—. Ellos están haciendo el partido de su vida y nosotros no damos una. Estamos agobiaos por la presión que nos meten. No tenemos coordinación entre las líneas y la defensa está mu' adelantada.

—No seas exagerao, hombre, pero como sigan así les caen otro par de roscos en la segunda parte porque encima el ataque no les funciona...

—Termina la primera parte, Chili. ¡Qué desastre! Hoy no es la noche del Madrid, está claro... Anda, vamos a tomar algo que estoy que no siento ya las piernas.

Mientras Chili se fue para la cocina a meter en el horno cuatro pizzas que ya tenía preparadas, sonó el timbre de la puerta.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Piquito.

—Abre, es una sorpresa...

El héroe de Mospintoles encaminó sus pasos hacia la puerta. Echó una ojeada por la mirilla y, tras observar con detenimiento, se frotó las manos. Entonces abrió y ante sus ojos aparecieron dos chavalas, hermosas y sonrientes. Antes de que pudiera decirles algo, las chicas se abalanzaron sobre él y le estamparon dos besos en la mejilla. Piquito se quedó cortado y eso que estaba acostumbrado a este tipo de recibimientos. Chili asomó la cabeza por la puerta de la cocina:

—Pasad, chicas, y poneros cómodas. En diez minutos empezamos a comer...

¿Habéis traído la bebida?

—Pues claro, Chili... Nos vamos a poner hasta arriba...

Repuesto de su momentánea sorpresa, Piquito cerró la puerta y esbozando una sonrisa picarona de oreja a oreja se fue detrás de las recién llegadas. Sus ojos de lince se regodeaban mirando el trasero de aquellas chicas caídas del cielo. Estaba seguro que la segunda parte del partido le daría más alegrías que la primera.

..... V .....

El Nou Camp rebosaba por todas sus costuras. Era un milagro que los casi cien mil espectadores que se apilaban en sus gradas no acabasen los unos encima de los otros. La algarabía era digna de las grandes noches históricas. El mejor Real Madrid de los últimos tiempos visitaba el campo culé y en una primera parte primorosa del equipo de Guardiola ya ganaba por dos a cero. Lo mejor era el baño de juego que estaba recibiendo el equipo rival. La segunda parte había comenzado igual que la primera y todos los espectadores presentían que llegarían más goles.

Entre esos espectadores estaba un habitual de los partidos más importantes: Sebastián Matute, natural y vecino de Mospintoles (Madrid), pero hincha acérrimo del Barça desde sus tiempos de mocedad. Siempre que podía acudía al Nou Camp para presenciar el encuentro del club de sus amores pues era socio y, si no le era posible, delegaba su asiento en un amigo de la infancia de la Ciudad Condal, también forofo total del club catalán. Allí estaba, sentado en su localidad habitual, con su bufanda al cuello, las manos rojas de tanto aplaudir y

más contento que un cerdito en un charco de lodo. No se podía quejar, decía para sus adentros. En las últimas temporadas los enfrentamientos con el eterno rival habían acabado casi siempre con resultado de escándalo y con un juego deslumbrante por parte de los Xavi, Iniesta, Messi y cía.

Corría el minuto 54, cuando un enorme clamor emergió de las gargantas de aquella gente enfervorecida:

—¡Gooooooooo! ¡Goooooooo!

Villa, el delantero centro local, había conseguido marcar el tercer gol culé. La gente se abrazaba, levantaba las manos en alto, hacía cortes de mangas hacia la pequeña isla poblada por seguidores madridistas. Si alguien nunca ha estado en un manicomio, viendo aquel momento orgásmico de miles y miles de aficionados, tendrá una ligera idea de que en tal sitio la racionalidad no habita ni se le espera.

—¡La hostia, que golazo! —dijo el Sebas, todo despendolado—. ¡Es la noche más feliz de mi vida!

Si le oyera su señora, María Reina, le pediría el divorcio inmediatamente, pero el Sebas se olvidaba de todo cuando entraba en éxtasis contemplando las proezas de su equipo. Su pasión culé había nacido en él en edad bien temprana, sin razón aparente, sin justificación alguna, fuese familiar o geográfica. Era equiparable a la fe de los creyentes: algo que no se puede explicar, ni reflexionar ni ocultar. Pero estaba visto que aquella noche habría más emociones. No habían pasado ni tres minutos desde el último Villagol cuando el estadio volvió a rugir de nuevo. Otra vez Villa empalmaba la pelota y la introducía en la portería de su amigo, pero hoy rival, Casillas. El estadio se venía abajo. Los jugadores madridistas no sabían dónde meterse. ¿Cómo podía pasarle “eso” a ellos, que llevaban casi treinta partidos de la temporada sin perder, siendo más difícil marcarles un gol que darle vista a un ciego?

Ciegos estaban todos los culés allí presentes. Borrachos de éxito, de alegría, de placer. ¡Adiós crisis económica por unas horas o días! ¡Adiós frustraciones cotidianas, paro, tripartito, subida de impuestos, corrupción, rebaja de salarios! Si París bien vale una misa, el Nou Camp bien vale una noche loca de vez en cuando. No hay placer más elevado que hacer morder el césped a los eternos rivales. Claro está que el Sebas no pensaba en estas cosas porque su vida cotidiana la realizaba en Madrid, sus clientes y amigos eran del Real y, pese a su amor culé, él sabía guardar más o menos las formas pues se sabía gallina en corral ajeno. Qué curioso que nada de Cataluña le atrajese excepto su equipo de fútbol más representativo. ¡Misterios de esa religión llamada fútbol que él profesaba con ternura y desahogo infinito en el altar del Nou Camp y allá donde fuesen sus adorados dioses blaugranas!

..... VI .....

Enfundado en su bata de estar por casa, don Faustino acababa de echarse en el sofá. Había cenado frugalmente, como todas las noches, excepto cuando comía fuera. Estaba cansado –los lunes se le hacían cuesta arriba tras un relajante fin de semana y por culpa de un horario muy concentrado de clases en dicho día- y decidió distraerse un rato viendo las imágenes grabadas del partido Nadal-Federer que se había disputado el domingo. Ya sabía el resultado de la final del Masters de tenis de Londres pero no le importaba. Le gustaba el deporte, especialmente como practicante, aunque a su edad ya se lo tomaba con mucha calma, pero si lo hacía como espectador no era sino como un medio de evasión relajada y placentera, sin perder la compostura ni el sentido común, sin banderías, por el simple hecho de ver un espectáculo. Por eso los encuentros de Nadal-Federer, en un deporte de caballeros y damas como era habitualmente el tenis, le reconciliaban con el silencio (¡qué raro el silencio en un encuentro deportivo!), con el esfuerzo individual, con el respeto y hasta la amistad con el jugador contrario y con la visualización de un espectáculo lleno de emoción en sí mismo. A esas horas estaría finalizando el tan traído y llevado Barça-Madrid de fútbol, del que había oído hablar a sus alumnos desde hacía semanas, a sus colegas de profesión, al panadero, al quiosquero, a todo quisque. Un hartazgo, una cantinela que alcanzaba nivel de comedura de coco nacional. Así que se arrellenó en el sofá y empezó a ver el partido de tenis. En esas estaba (y dando ya algunas cabezadas) cuando sonó el teléfono:

—Este es Manolo. Sólo él tiene las agallas de llamarme entre las diez y las doce de la noche. ¿Qué diablos se le habrá ocurrido decirme? ... Sí, Manolo, dime, soy todo oídos aunque ya esté con los ojos entornados.

—Voy a hacer una obra de caridad, Faustino, diciéndote que cuando el partido está a punto de acabar, el Barça le mete cuatro goles al Madrid.

—¡Coño!, ¿y para eso me llamas?

—Tranquilo, Fausti, tranquilo... Ya sabes que yo te quiero mucho. Cómo no quererte si te vengo aguantando desde que éramos niños y tú a mí lo mismo pero es que, mañana en el Instituto, la comidilla de todos tus alumnos y colegas va a ser el 4 a 0 del Barça al Madrid y... ¡coño!, ¡cinco a cero!, gol de Jeffren, que ya hasta los canteranos fusilan a Casillas. Pues más a mi favor. Mañana, Faustino de mis entretelas, vas a ser el hazmerreír de todo el centro educativo si afirmas no saber nada de la manita culé a los merengues... Y como yo te quiero mucho quiero evitarte ese mal trago.

—¿Y cómo lo vas a evitar, Manu? ¿Enviándome por Seur la copia del partido para que esta noche lo vea todo enterito? ¿Pero tú no eres ese amigo de la infancia al que el fútbol le provocaba vómitos y cagaleras o, a la vejez viruelas, ahora lo usas como antidiarreico? ¡No me digas que te estás tragando semejante engendro!

—Estás en otro mundo, Faustino. Por la misma razón que te quiero dar unos datos sobre el particular para que mañana no hagas el ridículo con tus alumnos y te tomen por un marciano sin credibilidad alguna, yo llevo haciendo lo mismo desde las nueve de la noche porque mañana mis clientes y camaradas no van a hacer otra cosa que hablar y discutir sobre este engendro y yo voy a tener que darles carrete y hasta opiniones muy sesudas porque si no al día siguiente no vuelven y se van a la competencia. Claro que tú eres un funcionario inamovible al que le da lo mismo tres que ocho y yo un pequeño burgués que se gana la vida vendiendo cafés al populacho y, por eso mismo, depende de su humor y complacencia el que yo pueda seguir ganándome el jornal.

—Joder, Manu, no te pongas así, es que a quien se le cuente que casi a las once me llamas para esta chorrada se retorcerá de la risa tres días seguidos.

—Que no te enteras, Contreras... Que no es una chorrada, Faustino, que el maldito partido tiene tal carga de profundidad que hasta a los incrédulos como nosotros nos salpica. ¡Que no estamos ni vivimos solos, Faustino!

—Me parece que por primera vez en mi vida mañana voy a hacer novillos quedándome en la cama durmiendo como un bendito...

—Eso se lo cuentas a otro que no se llame Manolo. ¡Osti, Faustino, la que te estás perdiendo!

—¿Qué te pasa? ¡No me asustes!

—¡Qué pifostio se está armando! El tal Ramos, el ññato, acaba de arrearle con rabia canina un patadón por detrás al tal Messi, por la espalda, quien se ha tirado al suelo revolcándose en plan teatrero, mientras llegan todos los demás jugadores y se arma la de san quintín. ¡Osti! Al tal Ramos le ha dado un ataque de locura y acaba de empujar a Pujol y lo ha tirado al suelo. Pero, ¿no juegan en la misma selección de fútbol y son amigos? Con lo bruto y fuertote que es Pujol y lo ha tirado al suelo como si fuera una colilla. El árbitro saca tarjeta roja, a Ramos se lo llevan hacia la banda porque el tío está que se come un caballo vivo y... ahora... joder, salta el Xavi, que estaba en el banquillo y le dice algo y entonces el Ramos le da un empujón en la cara... ¡Pero qué bello espectáculo! ¡Qué finura, qué educación deportiva, qué de qué!

—Estás inventándote una trola muy gorda para hacerme picar en el anzuelo, Manolo.

—Que no, Faustino, que es verdad. Que se ha liado la de dios...

—Me parece que te has equivocado, Manolo. Tú a quien tienes que llamar no es a tu amigo Faustino sino a los antidisturbios...